LA FILOSOFÍA EN EL SIGLO XXI. ALGUNAS CORRIENTES

*Mauricio Beuchot**

RESUMEN: Un panorama de las corrientes fundamentales de la filosofía del siglo XX: la filosofía analítica, que peca de univocidad y cientificidad, y la posmoderna, equívoca, relativista, nihilista y escéptica. Quizá, el siglo XXI comience por abrirse paso hacia una epistemología analógica, propia de una hermenéutica analógica.



TWENTY-FIRST CENTURY PHILOSOPHY:
SOME PHILOSOPHICAL MOVEMENTS

ABSTRACT: In this article, we will give a panoramic view of the major philosophical movements of the twentieth century. Firstly, analytic philosophy, which suffers from both a single view and scientificity, and secondly, postmodern philosophy, which is equivocal, relativist, nihilist, and skeptical. The twentieth-first century will possibly lead to an analogical epistemology, deriving from an analogical hermeneutics.

PALABRAS CLAVE: filosofía analítica, filosofía posmoderna, univocidad, equivocidad, epistemología analógica, hermenéutica analógica.
KEY WORDS: analytic philosophy, postmodern philosophy, single view, equivocity, analogical epistemology, analogical hermeneutics.

* Seminario de Hermenéutica, Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM.

LA FILOSOFÍA EN EL SIGLO XXI. ALGUNAS CORRIENTES*

Introducción

Dos corrientes filosóficas han ocupado el lugar de principalidad en los finales del siglo XX y los inicios del XXI: la filosofía analítica y la filosofía posmoderna. Por lo mismo, han tenido la prioridad en la epistemología; han dictado las líneas metodológicas y han constituido los paradigmas. Por eso, nos pondremos a explorar sus perfiles esenciales, con el fin de conocer la orientación que ha tenido la epistemología reciente, y saber por dónde tenemos que orientarla en adelante.

En primer lugar, trataré de reunir las características principales de la gran corriente de la filosofía analítica en cuanto a la teoría del conocimiento; de hecho, quiso ser la filosofía científica, la que acompañara a la ciencia en nuestro tiempo. Intentaré hacer ver el desarrollo que ha seguido y, sobre todo, su desembocadura en posiciones que se han endurecido más en la línea cientificista y otras que se han pasado francamente al lado contrario.

En la filosofía analítica se ha dado una polarización hacia un cientificismo muy extremo y un relativismo excesivo. El cientificismo ha dependido del positivismo lógico y se ve en intentos de naturalización,

* Conferencia magistral pronunciada en el ITAM el 8 de octubre de 2014 como parte de las celebraciones por el XXX Aniversario de *Estudios*.

sobre todo de la epistemología y de la antropología. El relativismo se encuentra en líneas que han llegado a posturas muy cercanas a las de la posmodernidad e incluso han orientado a algunos de los analíticos hacia el posmodernismo. Pero también se han encontrado pensadores en una postura intermedia, que me parecen los más sugerentes.

Después haremos lo mismo con la filosofía posmoderna. Su postura ante el conocimiento ha sido muy diferente de la analítica, pero puede llamarse, a pesar de todo, epistemología. Allí más bien se trata de la puesta en tela de juicio de la teoría del conocimiento, si no es que la renuncia total a ella. De ahí que, en esta corriente, predomine el equivocismo; sin embargo, podemos encontrar algunas búsquedas analógicas, algunas intenciones de hallar la analogía, o analogicidad.

Tanto la filosofía analítica como la filosofía posmoderna han tenido sus crisis y a veces en ambas se nota agotamiento; aun así, han sido las corrientes principales en epistemología y, por ende, antes de hacer nuestra propuesta de una epistemología analítica, tenemos que examinarlas. Esto nos servirá de preparación para dar nuestro paso adelante, que esperamos esté en el camino correcto, después de haber tomado en cuenta el caminar de la epistemología en los últimos tiempos.

Los analíticos

La filosofía analítica ha recibido ese nombre, en primer lugar, por oposición a lo sintético. Se ha rehusado a hacer síntesis filosóficas, como las que hubo antes de ella, es decir, sistemas omniabarcadores, y ha preferido el estudio detallado de problemas concretos. Por eso, se manifiesta como minuciosa y atenta a los detalles, lo cual le ha dado un gran rigor.

La filosofía analítica tiene como antecesores a los lógicos del siglo XIX, por ejemplo a Boole, Shroeder, Peano, etc.; sobre todo a Frege. Tiene también como antecedentes a los utilitaristas y pragmatistas de ese siglo, como a Stuart Mill, James y, señaladamente, a Peirce.[1]

[1] A. J. Ayer, *La filosofía del siglo XX*, 1983, Barcelona, Crítica, pp. 35 ss.

Los iniciadores fueron G. E. Moore, B. Russell y L. Wittgenstein.[2] Moore comenzó con lo que él llamaba análisis conceptual, el cual se convertiría en análisis lingüístico, que fue lo propio del análisis filosófico. Moore trató de epistemología, pero sobre todo de ética (*Principia Ethica*, 1903). Russell descolló en muchos campos, pero sobre todo en la lógica, junto con Whitehead (*Principia Mathematica*, 1910-1912).[3] Wittgenstein fue el genio que supo expresar las inquietudes de ese movimiento y marcó tanto a los de un lado como a los del otro.

En efecto, Wittgenstein fue el inspirador del Círculo de Viena, con Moritz Schlick, Rudolf Carnap y Otto Neurath, a la cabeza; según Friedrich Waismann, se llenaron del espíritu del *Tractatus logico-philosophicus* (1922) de Wittgenstein.[4] El círculo fue el portavoz del neopositivismo o positivismo lógico (a veces se habló de empirismo lógico, sobre todo en Estados Unidos).

En esa obra, Wittgenstein veía el lenguaje como pintura del mundo. El lenguaje describe los hechos y hay que buscar la forma lógica de éstos. La lógica es el andamiaje de la realidad. Las expresiones o signos lingüísticos reflejan la realidad como un espejo. Por ello, su verdad o falsedad puede ser establecida acudiendo a la experiencia, a la verificación empírica.[5]

Todo esto lo supieron recoger y aumentar los teóricos del Círculo de Viena, con los que a veces se reunía Wittgenstein. También tuvieron contacto con lógicos y semióticos polacos, como Lukasiewicz, Ajdukiewicz y otros.

En el lado del positivismo lógico tenemos, sin duda, a sus iniciadores, especialmente a Carnap.[6] Él se encargó de dar al movimiento la base lógica, que llegaría a la semiótica, con el norteamericano Morris. Carnap estudió la sintaxis, la semántica y la pragmática, al paso de su

[2] J. O. Urmson, *El análisis filosófico*, 1978, Barcelona, Ariel, pp. 16 ss.; A. Tomasini Bassols, *Filosofía analítica: un panorama*, 2004, México, Plaza y Valdés, pp. 45 ss.

[3] A. J. Ayer, *Russell*, 1973, Barcelona, Grijalbo, pp. 77 ss.; A. Tomasini Bassols, *Una introducción al pensamiento de Bertrand Russell*, 1992, Zacatecas, UAZ, pp. 129 ss.

[4] F. Waismann, *Ludwig Wittgenstein y el Círculo de Viena*, 1973, México, FCE, pp. 42 ss.

[5] D. Pears, *Wittgenstein*, 1973, Barcelona, Grijalbo, pp. 77 ss.; A. Tomasini Bassols, *Explicando el* Tractatus. *Una introducción a la primera filosofía de Wittgenstein*, 2011, Buenos Aires, Grama eds., pp. 37 ss.

[6] V. Kraft, *El Círculo de Viena*, 1966, Madrid, Taurus, p. 193.

trayectoria. En teoría del conocimiento fue empirista y consideró que los únicos enunciados que tenían significado eran los que fueran verificables empíricamente. Así rechazó la metafísica e incluso la ética, que consideró emotivista. Pero poco a poco fue debilitando su ideal verificacionista, hasta llegar a admitir la metafísica o la ontología al interior de las teorías o los lenguajes. Se dio cuenta de que no es posible verificar exhaustivamente nada y que incluso el criterio de verificación es, él mismo, metafísico.

Otros extendieron este modo de pensar, como F. Waismann y Hans Reichenbach del Grupo de Berlín. En Inglaterra, A. J. Ayer fue el propagador del neopositivismo; su obra *Lenguaje, verdad y lógica* (1935) fue un resumen de esa postura.[7] Carl Gustav Hempel fue el epistemólogo o filósofo de la ciencia del círculo; él se dio cuenta de que el criterio empirista de verificación se fue debilitando progresivamente; sin embargo, trató de mantener la exigencia y el rigor en el método científico.[8]

Wittgenstein dio un viraje de ese positivismo tan fuerte del *Tractatus* al muy notable relativismo de las *Investigaciones Filosóficas* (1953), publicadas después de su muerte en 1951. Eso marcó su segunda época, en la que ya no veía el lenguaje como espejo de la naturaleza, sino como formas de vida que contenían juegos de lenguaje, los cuales se determinaban por el uso.[9] En cuanto al conocimiento, se procedía por paradigmas, con respecto a los cuales las demás cosas tenían solamente parecidos de familia. Todo era relativo a paradigmas. Así, de un absolutismo muy fuerte, pasó a un relativismo igual, lo cual marcará a los analíticos posteriores. Ya no hablaba de resolver los problemas filosóficos, sino de disolverlos como problemas, hacerlos desaparecer, con una función terapéutica.

En seguimiento del *uso*, surgió J. L. Austin, que atendió a los usos del lenguaje, en su obra *Cómo hacer cosas con palabras*, en la que señalaba en las expresiones una fuerza locutiva, una inlocutiva y otra

[7] O. Hanfling, *A. J. Ayer. Analizar lo que queremos decir*, 1998, Bogotá, Norma, p. 11.

[8] C. G Hempel, "Problemas y cambios en el criterio empirista de significado", en A. J. Ayer (ed.), *El positivismo lógico*, 1981, México, FCE, 2a. reimpr., pp. 115-36.

[9] A. Tomasini Bassols, *El pensamiento del último Wittgenstein. Problemas de filosofía contemporánea*, 1988, México, Trillas, pp. 51 ss.

perlocutiva. Las primeras son el contenido lingüístico y la última es la capacidad de hacer que sucedan cosas, como cuando el juez dice "Yo los declaro marido y mujer": la parte ilocutiva es lo que la expresión significa y la perlocutiva es la capacidad de que se efectúe el matrimonio válidamente. G. Ryle desarrolló esta línea, sobre todo en cuanto a la filosofía de la mente. Hare la aplicó a la ética o filosofía moral. Y el norteamericano John Searle continuó aportando cosas, como se ve en su libro *Actos de habla*.[10]

Discípulos de Wittgenstein fueron Elizabeth Anscombe y Peter Thomas Geach, su marido, que embonaron con el aristotelismo y el tomismo. Peter Frederick Strawson trabajó en metafísica y lo que llamó lógica filosófica.

Muchos otros los han sucedido, tanto en Oxford como en Cambridge. Por sólo mencionar a algunos, J. MacDowell ha trabajado en teoría del conocimiento, así como Crispin Wright. Un problema que han atacado es el de la verdad, por el que ya había transitado Ramsey.

Entre los norteamericanos sucedió algo peculiar: recibieron el positivismo lógico, pero desde los moldes pragmatistas, porque habían tenido como maestros a sucesores de los pragmatistas clásicos; por ejemplo, Morris, a quien ya hemos aludido, que tuvo contacto con Carnap en Chicago y que seguía a Peirce en semiótica. Fue el que la puso al día, con los nombres de sintaxis, semántica y pragmática para sus ramas.

Otro fue Quine, quien había sido alumno del lógico pragmatista S. I. Lewis. Willard Van Orman Quine prestó mucha atención a Peirce. Esto determinó un positivismo lógico diferente, a veces llamado empirismo lógico, que admitía la ontología además de la lógica y que incluso se oponía a ciertos dogmas del empirismo clásico;[11] al igual que el pragmatismo clásico, como el de Dewey, trataba de evitar las dicotomías, o de debilitarlas, por un sentido de las tríadas como el de Peirce.

Sin embargo, Quine fue muy univocista. Tal se ve no sólo en su lógica, sino en su ontología, que admitía un solo y único sentido para el ser (el de ser el valor de una variable ligada). Lo mismo se ve en

[10] E. Rabossi, *Teorías del significado y actos lingüísticos*, 1979, Valencia (Venezuela), Universidad de Carabobo, pp. 49 ss.

[11] J. J. Acero Fernández, *Filosofía y análisis del lenguaje*, 1985, Madrid, Cincel, pp. 182 ss.

su empeño por naturalizar la epistemología, esto es, por hacer de ella una especie de ciencia natural, pues se basa en la biología del conocimiento, así como su filosofía del lenguaje lo hacía en la psicología conductista o funcionalista de su amigo B. F. Skinner.

Cercano a Quine fue Nelson Goodman, que trató de construir, junto con él, un nominalismo para la teoría de los conjuntos, y que lo aplicó a problemas lógicos como el de la inducción (la proyectividad), e incluso en la estética, con su teoría de los símbolos.

Pero aun más próximo a Quine fue Donald Davidson (en la dedicatoria de su libro *Inquiries into Truth and Interpretation* dice: "A Quine, sin el cual no").[12] Pero Davidson se fue del positivismo y llegó a posturas cercanas al posmodernismo, al menos les sirvió de fuente y escudo. Davidson niega la referencia de las expresiones, con lo cual excluye el realismo. De eso se vale Richard Rorty, quien desembocó en el posmodernismo.

Tomando algunas ideas de Quine, como la opacidad de la referencia y la interpretación radical o inmediata, Davidson casi parece conectar con la hermenéutica. De hecho, en el título de su libro sobre la verdad y la interpretación, se mencionan los conceptos que son peculio de la hermenéutica; pero aun más claramente, en la hermenéutica estuvo Rorty, quien pasa de la analítica al pragmatismo.

El estadounidense aprovecha la negación de la referencia, hecha por Davidson, para rechazar la epistemología y adoptar la hermenéutica; lo hace en su libro *La filosofía y el espejo de la naturaleza*. Combatió la preocupación por la verdad y la objetividad en filosofía y se ocupó más bien de la democracia y la vida práctica. Aunque se denominó neopragmatista (y decía seguir a James y a Dewey), es más bien un postanalítico y posmoderno; por eso lo volveremos a mencionar entre los filósofos posmodernos.

En seguimiento de Quine y en contra de Davidson está Hilary Putnam.[13] También sigue a Saul Kripke, del que toma la idea de desig-

[12] D. Davidson, *Inquiries into Truth and Interpretation*, 1984, Oxford, Clarendon Press, p. v: "To W. V. Quine, without whom not".

[13] H. Putnam, *Representación y realidad. Un balance crítico del funcionalismo*, 1990, Barcelona, Gedisa, pp. 97 ss.

nación rígida (esto es, que nombres y oraciones son designadores rígidos de sus significados, tienen una referencia fuerte), con lo cual defiende la referencia de las expresiones. Putnam comenzó siendo funcionalista, al igual que Quine, pero abandonó esa postura; también criticó el realismo metafísico del positivismo lógico o del cientificismo (realismo científico) como el de Wilfrid Sellars. Ha ido cambiando o, más bien, matizando ese realismo, como realismo interno y realismo pragmático, en la línea de Peirce, James y Austin, y del que dice que puede considerarse como aristotélico.

En esta línea de encuentro entre la analítica y el pragmatismo pueden considerarse, en Estados Unidos, Sidney Hook y Nicholas Rescher. Hay muchísimos autores más, pero resulta prolijo mencionarlos.

Lo que se observa es que algunos han adoptado un cientificismo muy duro, como es la línea que va por el positivismo lógico (los herederos del primer Wittgenstein), mientras que otros han seguido una línea contraria, como algunos filósofos de la ciencia después de Popper.

Karl R. Popper desechó el verificacionismo de Carnap y adoptó el falsacionismo.[14] En lugar de verificar, propone ver si se puede falsar. No tanto para dirimir la polémica entre teorías científicas, o para ver si es verdadera y válida alguna de ellas, sino como criterio de demarcación, para ver si dicha teoría era científica o metafísica. Al principio era suspicaz con la metafísica; sin embargo, acabó aceptando su utilidad para la ciencia al final, cosa en la que lo siguió Mario Bunge. Popper entendió la ciencia como una serie de conjeturas y refutaciones; es decir, debilitó las pretensiones de la epistemología positivista y la hizo menos pretenciosa.

Pero otros seguidores suyos, como Thomas S. Kuhn, dieron a la filosofía de la ciencia un carácter más de historia que de normativa de la ciencia; no la entendieron como prescriptiva, sino como descriptiva. Otro filósofo de la ciencia fue Imre Lakatos, quien se centró en la sociología del conocimiento y vio cómo se hacían y se estipulaban los

[14] B. Magee, *Popper*, México: Colofón, 1994, pp. 46 ss.; J. de Lira Bautista, *Karl Popper: controversias en filosofía de la ciencia*, 2008, México, UNAM-Aguascalientes: Universidad Autónoma de Aguascalientes, pp. 57 ss.

proyectos científicos y cuáles se declaraban (y cómo) no científicos por la élite de la ciencia (los investigadores que lo decidían). Hasta llegar a Paul K. Feyerabend, quien profesaba una teoría dadaísta o anarquista de la ciencia. Por esa línea han llegado algunos, que piensan que ningún conocimiento se puede demostrar, ni siquiera justificar, sino tomar sólo como confiable.

En la epistemología analítica, algunos han buscado una postura intermedia; descuella por ello el filósofo cubano-estadounidense Ernesto Sosa. Discípulo de Roderick Chisholm, quien ya tenía una postura mediadora muy interesante, Sosa ha llegado a una epistemología basada en virtudes, una teoría del conocimiento desplegada en virtudes epistémicas.[15]

Es intermediario y mediador porque revive la noción de virtud, que ya se había dado en la ética analítica con autores como Philippa Foot y Bernard Williams. Sosa ha llevado la noción de virtud a la epistemología, hablando de virtudes epistémicas, como la parsimonia en la experimentación, el rigor en la argumentación, etc. El recurso a las virtudes lo saca del metodologicismo exagerado de los positivistas y lo aleja del caos de muchos pragmatistas, cercanos a los posmodernos.

Por ejemplo, Sosa resuelve el problema del escepticismo mediante una concepción de virtudes.[16] La virtud es dinámica, fluida y dúctil. Se va haciendo paulatinamente, con actos de conocimiento que la van formando; por eso, aunque se tenga un argumento contundente contra el escepticismo, el atacarlo desde la noción de virtud epistémica nos ayuda a vencerlo poco a poco; y tener un depósito de certezas imprescindibles para avanzar en la vida, de modo que el asunto no sea meramente teórico, sino también práctico; así, la idea del escepticismo se va debilitando hasta desaparecer.

Hay que notar que la epistemología de virtudes es muy analógica, porque la misma noción de virtud lo es. Para Aristóteles, como para los demás griegos, la virtud es sentido de la proporción, del equilibrio; el ejemplo principal es la *phronesis* o prudencia. Y la analogía es

[15] E. Sosa, *Conocimiento y virtud intelectual*, 1992, México, FCE, pp. 285 ss.

[16] Sosa, "Más allá del escepticismo, a nuestro leal saber y entender", en *Cuadernos de Documentación Filosófica*, 1, 1993, pp. 33-76.

proporción, equilibrio proporcional. Las virtudes epistémicas se dan por analogía con la prudencia, adoptan el tacto y la oscilación que sopesa los pros y los contras de la acción, sólo que aquí en cuanto a las teorías que se aceptan o a los conocimientos que se adquieren.

He hablado en varias ocasiones con Ernie Sosa, sobre todo en los 80 y 90, cuando venía con cierta frecuencia al Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM, y siempre encontré que su epistemología de virtudes concordaba muy bien con mi hermenéutica analógica.[17]

Los posmodernos

En el ámbito de la posmodernidad no puede hablarse propiamente de epistemólogos pues por lo general niegan la epistemología y renuncian al método. Pero esas posturas negativas pueden tomarse como epistemológicas, pues se colocan en el ángulo de la teoría del conocimiento. En todo caso, han afectado y casi determinado las nuevas posturas ante el conocimiento, tanto filosófico como científico.

Cabe destacar que, en un principio, los posmodernos se pronunciaron en contra del racionalismo o cientificismo moderno y a favor de un relativismo muy extremo, cuando no de un cierto irracionalismo; es decir, se opusieron al univocismo de la filosofía analítica; pero poco a poco fueron derivando a posturas menos excesivas y en algunos alcanzaremos a ver incluso una postura no tan equivocista, sino de alguna manera analógica.

Michel Foucault se puso en contra de la idea de una verdad objetiva en su libro *Las palabras y las cosas* de 1966. Fue más allá tres años después con *La arqueología del saber*. No solamente señalaba que ya los discursos no concordaban con la realidad, sino que llegaba a sostener, mediante una genealogía de la formación de los conocimientos, la muerte del hombre, del sujeto, y la imposibilidad de llegar a un saber cierto. Privilegia totalmente la diferencia y señala que sola-

[17] M. Beuchot, *Epistemología y hermenéutica analógica*, 2011, San Luis Potosí, Universidad Autónoma de San Luis Potosí, pp. 34-7.

mente el poder ha hecho que se busque impositivamente la homogeneización, para lo cual se pone a vigilar y castigar, y lo mismo quiere hacer en la vida sexual.[18]

En ese camino deambuló un gran conocedor de Foucault: Gilles Deleuze, quien llegó a mantener una posición en la que, a lo más que se llegaba en el conocimiento, era a lo accidental, al rizoma, a lo nómada, a los simulacros. Llega a decir que sostiene la diferencia en la repetición de lo mismo, en clara alusión a Nietzsche, y se centra en la diferencia, en seguimiento de Foucault. Tal se ve, por ejemplo, en *Diferencia y repetición* de 1969.[19]

Jean François Lyotard se lanzó en contra de los "metarrelatos", uno de los cuales era el de la epistemología. El principal era el de la filosofía de la historia, el de los marxistas, y el de la epistemología era el otro, el de los analíticos. Por eso hablaba de la diferencia, entendida sobre todo como diferición, es decir, como diferir, lo cual impedía llegar a alguna verdad e incluso a algún conocimiento. Es lo que sostiene en *Le différend* (1983), en donde expone las características de la posmodernidad.[20]

De modo semejante a Lyotard, Jacques Derrida habla de la diferencia, tanto en el sentido de lo que es diferente como de aquello que se difiere. Nunca se alcanza el significado, pues éste se va y se difiere, se nos escapa. No hay metafísica de la presencia ni epistemología de la representación. Ni siquiera en semiótica o en hermenéutica. En lugar de signo, hay traza. No es posible comprender ni descifrar los significados. Hay que rescatar la escritura (o archiescritura) en contra de la voz. Hay que deconstruir los textos. Y no hay nada fuera del texto.[21]

En línea parecida discurre Gianni Vattimo. Él comienza debilitando la filosofía y propone un pensamiento débil. No es posible llegar a la verdad ni a la objetividad; hay que debilitar todo. La filosofía fuerte,

[18] G. Deleuze, *Foucault*, 1987, Barcelona, Paidós, pp. 75 ss.

[19] J. L. Pardo, *Deleuze: violentar el pensamiento*, 1992, Madrid, Cincel, pp. 57 ss.

[20] J.-F. Lyotard, *La diferencia*, 1991^2, Barcelona, Gedisa, pp. 11-2.

[21] P. Peñalver Gómez, *La desconstrucción. Escritura y filosofía*, Barcelona, Montesinos, 1990, pp. 69 ss.; M. Goldschmit, *Jacques Derrida, una introducción,* 2004, Buenos Aires, Nueva Visión, p. 11.

la de la verdad, siempre ha sido impositiva y esclavizadora; trata de borrar la diferencia. Hay que defender la diferencia, para tener libertad, para emanciparnos. La hermenéutica lleva, de Nietzsche, una carga de nihilismo y por eso nos depara una ontología débil.[22]

Por el lado de la filosofía analítica viene Richard Rorty, quien entronca con el posmodernismo. Él fue analítico, luego señaló que era postanalítico. En su libro *El espejo de la naturaleza* (1979) dictamina que la filosofía ya no refleja la realidad, sólo hay conversación edificante; por lo tanto, hay que abandonar la epistemología e irse a la hermenéutica. Retomó el pragmatismo y se declaró neopragmatista. En *Consecuencias del pragmatismo* de 1982 insta a dejar de lado la verdad y la objetividad y a defender la democracia y la vida práctica.[23]

Como se ve, la filosofía posmoderna se presentaba como demasiado relativista, nihilista e incluso escéptica; sin embargo, poco a poco fue cambiando la situación. Foucault, en la última etapa de su vida, recupera el sujeto y estudia las formas de la subjetivación, en torno a la *epimeleia* o cuidado de sí de los estoicos grecorromanos. También, como defendía y apoyaba a los migrantes, se dio cuenta de que sin una ontología no podía defender los derechos humanos; entonces propuso una ontología del presente o de la actualidad, que no tenía por qué ser perenne o decir qué era el hombre en esencia inmutable y eterna, sino que bastaba con que nos dijera lo que es en el presente, en la actualidad, precisamente a fuerza de estudiar los procesos de subjetivación. Con ello recupera la ontología e incluso la idea de sujeto, aunque ambas debilitadas.[24]

Deleuze estudiaba mucho a Foucault y se adhirió a esa empresa de reconstruir la filosofía, de llegar a una ontología, aunque también no prepotente, sino de la actualidad, del presente. Decía que la verdadera filosofía era la ontología y que la verdadera ontología era unívoca, como la de Duns Escoto, pero que en su desarrollo conjuntaba la univocidad con la equivocidad (que es precisamente lo que trata de hacer la ana-

[22] G. Chiurazzi, "L'esperimento del nichilismo. Interpretazione ed esperienza della verità in Gianni Vattimo", en *Trópos*, 1, 2008, pp. 9-23.

[23] G. Calder, *Rorty*, 2005, Madrid, Alianza, pp. 31 ss.

[24] F. Gros, *Michel Foucault*, 2007, Buenos Aires, Amorrortu, pp. 121 ss.

logía).[25] Pero mantuvo una especie de realismo, que reafirmó al final de su trayectoria.[26]

Lyotard también dio marcha atrás. Se dio cuenta de que con el relativismo tan grande al que se había llegado no se lograban los ideales de la posmodernidad y que había que recuperar, al menos en alguna medida, los metarrelatos, so pena de quedarnos en el vacío. Por eso, al final de su vida replanteó las cosas y llegó a una postura más moderada en cuanto a la posibilidad de adquirir conocimiento de la realidad.

También Derrida supo dar marcha atrás y dejar un movimiento tan extremo en contra del realismo y del conocimiento de la verdad.[27] Pocos años antes de morir, dijo que era realista; cambió su expresión "nada hay fuera del texto" a "nada hay fuera del contexto"; y entendió la deconstrucción no como eliminar la referencia de los textos, sino como aligerarla, en la línea de los anteriores, que buscaban regresar a la ontología, pero a una ontología diferente, a una ontología débil, o del presente o de la actualidad. Maurizio Ferraris ha sabido mostrar cómo el último Derrida fue muy diferente del primero, demasiado dinamitero e incendiario, para llegar a ser un pensador realista y aceptador de la verdad y la objetividad por conocer la significación.[28]

En cambio, Rorty persistió en su idea de abandonar las ideas de verdad, objetividad, realidad, referencia, etc., e instaba a preocuparse de la praxis, no tanto de la teoría, así como a dedicarse a defender la democracia, incluso aunque tuviera que morir la filosofía. Para ello acudía al pragmatismo estadounidense, principalmente al de James; sin embargo, Hilary Putnam desacredita la interpretación que Rorty hace de James y aporta textos en los que se ve que James tenía una postura realista y defendía la verdad como correspondencia, muy diferente del James que Rorty presentaba.

[25] G. Deleuze, *Diferencia y repetición*, 1988, Madrid, Júcar, pp. 89 ss.

[26] J. Rajchman, *Deleuze. Un mapa*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2004, pp. 65: "Entonces, se podría decir que Deleuze es un 'realista' de tipo peculiar, un realista respecto de esas virtualidades que no se pueden pronosticar ni prever, que tienen otra relación con el pensamiento".

[27] M. Ferraris, *Introducción a Derrida*, 2006, Buenos Aires, Amorrortu, pp. 109 ss.

[28] Ferraris, *Jackie Derrida. Retrato de memoria*, 2007, Bogotá, Universidad Javeriana-Siglo del Hombre, pp. 46-8.

Vattimo también ha persistido en su postura contraria a la verdad y a la objetividad, para dejar una interpretación débil. Curiosamente, dice que acepta una ontología de la actualidad, en la línea de Deleuze y Derrida; pero es tan débil que no alcanza para nada, al no tener estructuras que ayuden a pensar la realidad. Tal se ve en un reciente libro suyo, intitulado *Adiós a la verdad* (2009). Maurizio Ferraris le ha objetado que por esa ontología tan débil, no ha logrado los ideales emancipatorios de la posmodernidad, sino al contrario, se ha producido un populismo que lleva a una mayor opresión.

Lo que se ve, pues, es que los principales filósofos posmodernos, a excepción de Rorty y Vattimo, han dejado la actitud relativista y destructiva para ir a un realismo en el conocimiento y en la ontología, y en epistemología a la aceptación de la verdad como correspondencia (además de como *aletheia* o desencubrimiento). Foucault, Deleuze y Derrida fueron a una ontología del presente o de la actualidad, que de veras era una ontología aceptable, es decir, una ontología débil, pero no tanto como la de Vattimo, que no alcanza a sostener ningún conocimiento confiable de la realidad. Se ha abandonado la actitud destructiva de la primera posmodernidad, de los años 60 y 70, y ya a partir de los 80, hasta la fecha, se dio el giro hacia un realismo de la verdad que deja de lado el relativismo que peligrosamente conduce al escepticismo.

Ferraris, Volpi y otros han señalado el nihilismo al que han conducido las primeras andaduras por las que discurrieron los posmodernos en sus inicios. Fue una situación de mucho relativismo y escepticismo. Esto es comprensible si se entiende la posmodernidad como rechazo a la modernidad, sobre todo a su racionalismo y cientificismo. Pero llegó un momento en el que tuvieron que darse cuenta de los excesos, que se dieron sobre todo en los años 60 y 70. A partir de los 80 empezaron a verse las marchas hacia atrás: primero Foucault, luego Lyotard, después Deleuze y finalmente Derrida. Quedaron pendientes Rorty, que no alcanzó a dar ese sesgo, según lo juzga Putnam, y Vattimo, que parece persistir en esa actitud de rechazo a la verdad y a la objetividad. Pero todo indica que los nuevos pensadores marchan hacia un realismo en la órbita de la ontología, una especie de giro ontológico después del giro lingüístico que se percibió en los analíticos y los posmodernos.

Tal parece que se prepara una época nueva, en la que se abandonen esos excesos de la filosofía analítica y su univocismo, y de la filosofía posmoderna y su equivocismo, para llegar a una situación distinta, la del analogismo, y se pueda edificar otra vez un realismo y una teoría del conocimiento que nos dé mayores rendimientos. Ello nos conduce a una epistemología analógica, que es la que acompaña, como veremos, a una hermenéutica analógica, y que va construyéndose poco a poco. En esta empresa nos empeñamos y esperamos llevarla adelante paulatinamente.

Conclusión

Hemos tratado de señalar las últimas corrientes de la epistemología. Para ello seleccionamos a los analíticos y a los posmodernos, que han sido las escuelas más representadas en nuestra época. Si la filosofía analítica pecó de unívoca, es decir, cientificista, tanto en registro racionalista como empirista, la filosofía posmoderna pecó de equívoca, es decir, relativista, nihilista y escéptica. Pero sobre todo en esta última se fue dando un giro que llegó hasta el realismo, un nuevo realismo, como lo denomina Ferraris.

Todo indica que ya el relativismo y el escepticismo han llegado a su agotamiento, ya dieron de sí. Ahora, hartos de esa decadencia de la epistemología, se ha buscado un terreno más promisorio y fecundo, con diversos intentos de rescatar o de replantear el realismo, tanto en la epistemología como en la ontología. Inclusive puede decirse que, después del giro lingüístico, se ha dado un giro ontológico, que ya lleva algún tiempo y empieza a darse en la actualidad un giro epistemológico que se necesitaba ya y se deseaba. Claro que no se trata de una vuelta a la ontología de antes, como tampoco a su epistemología, sino de una manera más equilibrada y mediadora.

Esto prepara, en mi opinión, el camino para salir del univocismo de la epistemología, propia de la filosofía analítica, y del equivocismo característico de la epistemología que podemos encontrar en la filosofía

posmoderna. Y nos abre paso hacia una epistemología analógica, que es la propia de una hermenéutica analógica. Ya se sentía necesidad de ella. Por eso, consideramos que es pertinente laborar para construirla, dentro de esa actitud "edificante", como la llamaba Rorty, "débil", como la ha llamado Vattimo, y "actual" o "del presente", como la llamaron los demás teóricos de la posmodernidad.